

Ópera en América

Ópera en Canadá

por Daniel Lara



Atalla Ayan (Rodolfo) y Angel Blue (Mimi) en Toronto

La bohème en Toronto

Rebozó de juventud la siempre taquillera ópera de Puccini que repuso la Canadian Opera Company ya al final de su presente temporada y para la que reunió dos elencos de gran nivel de calidad. En su muy esperado debut local, **Angel Blue** conquistó al público componiendo una Mimì de delicada hechura con una voz de timbre aterciopelado, compacta y robusta, que manejó con buen bagaje técnico y a la que confirió interesantes tintes dramáticos. Alternando con ella, la local **Miriam Khalil** exhibió una voz de rico lirismo y futuro prometedor.

De arrolladora fuerza interpretativa, **Atalla Ayan** concibió un Rodolfo muy sólido con voz fresca y espontánea que, sin ser muy grande, proyectó con seguridad y a la cual cinceló con mucho gusto y emoción. Por su parte, **Joshua Guerrero** construyó un poeta de un lirismo arrollador con una voz brillante, efectiva en todo el registro y de enorme facilidad para el agudo. Tanto **Lucas Meachem** como **Andrzej Filonczyk** alternaron la parte del pintor Marcello con gran eficacia vocal y muy bien plantados en lo escénico.

Poseedor de unos medios vocales importantísimos, **Brandon Cedel** fue todo un lujo como el filósofo Colline. No le fue en zaga **Önay Köse**, quien en la misma parte dejó una muy grata impresión por la calidez de su voz y su depurada línea de canto. Como Schaunard, **Phillip Addis** no pareció tener una buena noche, mientras que **Joel Allison** supo sacarle buen partido vocal al rol del músico bohemio. **Andriana Chuchman** fue una pizpireta Musetta de voz ágil y buen dominio escénico, mientras que **Danika Loren**, si bien convenció, no aportó nada de especial. El veterano **Donato Di Stefano** arrancó carcajadas en su doble caracterización plena de detalles de Benoît y Alcindoro.

Gran desempeño del coro de la casa a las órdenes de la siempre eficiente **Sandra Horst**. En una noche de gran inspiración, **Paolo Carignani** dirigió con mucha sapiencia una partitura que no le reserva secreto alguno y de cuya lectura extrajo lo mejor tanto de

los músicos de la orquesta como de cada uno de los intérpretes vocales. La tradicional producción firmada por **John Caird** y repuesta en esta ocasión por **Katherine M. Carter**, a pesar del paso del tiempo sigue resultando tan eficaz como antaño aportando a la representación belleza visual y dinamismo escénico.

Nabucco en Quebec

Valga el hecho de programar *Nabucco* de Verdi después de una ausencia de 20 años para celebrar la iniciativa y cubrir con un manto de piedad una producción que con más sombras que luces cerró la temporada de la Ópera de Quebec.

A cargo del rol protagónico, y más allá de sus buenas intenciones, **James Westman** fue un Nabucco en las antípodas vocales del personaje y cuyo timbre —demasiado liviano— trató sin buenos resultados de imponerse a una orquesta que lo rebasó y que impidió en muchas ocasiones que se le pudiese escuchar. De estilo más apto para otras lides, Westman desbordó de refinamiento pero careció de toda autoridad, brindado un retrato muy superficial del rey de Babilonia.

No le fue mejor a **Steeve Michaud**, tenor de voz potente y compacta pero con problemas en los agudos y un fraseo por demás rudimentario para sacar adelante la parte del hebreo Ismaele. Se agradeció la presencia de **Giovanni Battista Parodi**, quien emergió como el auténtico defensor de la causa verdiana de la noche, componiendo un Zaccaria de interesantes medios vocales, cuidado estilo y dicción impecable. Con mucho oficio, **Alain Coulombe** delineó un sumo sacerdote de Babilonia de gran solidez y prestancia escénica.

En lo que respecta a las voces femeninas, **Michele Capalbo** pareció absolutamente desbordada por la vocalidad de Abigail. No pudo negársele temperamento ni garra, pero la voz no la acompañó. En el aria de entrada, 'Ben io t'invenni', alcanzó cierto lucimiento, pero luego fue incapaz de sacar adelante la *cabaletta*, donde debió —cuando no bajar agudos— directamente omitirlos. De allí en adelante, su rendimiento fue decayendo, hasta llegar al final de la ópera con su último aliento. Como Fenena, **Geneviève Lévesque** resultó solvente y bien plantada.

El coro de la casa mostró una gran preparación y se lució en cada uno de los muchos momentos en los que la partitura requirió su intervención. Batuta autorizada y muy respetable en este repertorio, **Giuseppe Grazioli** dirigió con inspiración e inagotable energía a la Orquesta Sinfónica de Quebec, a la que impuso criterios y ritmos apropiados para Verdi, una cuidada concertación y tiempos justos. Asimismo, sostuvo desde el podio la labor de los cantantes. Su trabajo fue decisivo para elevar el nivel general de una representación que hacía agua por los cuatro costados.

La anodina y estática producción de **Michael Cavanagh** situó la acción en los años 70, contribuyendo a que la dramaturgia no se entendiese nada. Se dieron de patadas a más no poder el vestuario militar moderno y la escenografía con temas arquitectónicos babilónicos tradicionales firmados por **Judith Fortin** y el propio Cavanagh, respectivamente. Sumaron caos escénico: la deficiente dirección de actores y las desordenadas marcaciones de las masas corales que hizo difícil identificar a los protagonistas, donde nadie



Escena de *Nabucco* en Quebec
Foto: Louise Leblanc

pareció saber qué hacer ni a dónde ir. Único momento de respiro, el bonito cuadro en el cual el coro detrás de una reja cantó el famoso ‘Va pensiero’. El resto: para el olvido.

Otello en Toronto

Esta ópera verdiana fue el título elegido por la Canadian Opera Company para clausurar una de las más interesantes temporadas en lo que va de la era de Alexander Neef. A cargo del rol protagónico, **Russell Thomas** demostró ser uno de los más prometedores Otellos de su generación, ofreciendo con una voz brillante, homogénea de color en todo el registro y de impecable musicalidad, una composición de gran solidez. Tanto en la zona media como en la aguda de su voz nunca mostró flaquezas, además de escuchársele seguro y con buen caudal. Algún que otro inconveniente en los graves para superar a la orquesta no logró opacar su alto desempeño general. Entre sus mejores momentos vocales merecen destacarse el dúo ‘Gia nella notte densa’, por su canto delicado y de enorme refinamiento, y el aria ‘Dio mi potevi’, donde para su interpretación echó mano a una apabullante batería de recursos expresivos.

En un rol que no pareciera ideal para su actual vocalidad de lírico *spinto*, **Tamara Wilson** concibió una Desdemona distante y contenida, muy atenta a brindar un canto de cuidado y rico lirismo y sin desbordes, lo que consiguió so pena de restarle intensidad a la composición. Su “canción del sauce” y su ‘Ave Maria’ fueron los únicos momentos donde pareció implicada emocionalmente con lo que estaba cantando.

Tanto por su labor vocal como escénica, el sutilmente maléfico alférez Iago de **Gerald Finley** concentró toda la atención e hizo que pareciera que toda la acción giraba en torno suyo. Pletórico de medios y de perfecta adecuación verdiana, Finley hizo gala de una voz de dúctil a la que condujo con elegancia, nobleza de acentos y una dicción de enorme intencionalidad. Como el capitán



Tamara Wilson (Desdemona) y Russell Thomas (Otello)

Cassio, **Andrew Haji** le aportó momentos de muy bello canto a la noche. Muy solvente, la confidente Emilia de **Carolyn Sproule**. De los personajes comprimarios destacó muy particularmente el Montano del muy talentoso **Brandon Cedel**. El coro de la casa tuvo una noche excepcional, lo que valió doble teniendo en cuenta que no sólo debió cantar sino que además debió lidiar con las nada simples marcaciones que le impuso el director de escena. Desde el foso, **Johannes Debus**, quien debutó la ópera con esta producción, brindó una lectura ágil, bien matizada y muy equilibrada para las voces.

Proveniente de la English National Opera, la oscura y minimalista producción escénica firmada por **David Alden** trasladó la acción del siglo XVI a finales del siglo XIX e inicios de la primera guerra mundial, y buscó profundizar sobre tema del racismo en la ópera. El resultado fue un espectáculo coherente que, más allá de sus ideas vanguardistas, permitió que la acción avanzara sin corromper la esencia de la trama y que gracias a un agudo sentido teatral terminó funcionando a la perfección. ●